

LA LIRA.

COLECCION DE OBRAS LIRICO-DRAMATICAS.

EL JORNALERO,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA.

PRECIO 4 REALES.

MADRID.

Imprenta del Centro Industrial y Mercantil,

Piamonte, 2, bajo.

1865.

LA LIRA.

CATÁLOGO DE LAS OBRAS DE ESTA GALERIA LIRICO-DRAMATICA.

DRAMAS.

- | | |
|---|---|
| <i>La Escala del infortunio</i> , en cinco actos, en prosa. | <i>Guerra á muerte</i> , en cuatro actos, en verso. |
| <i>El Nigromante</i> , en cuatro actos, en verso. | <i>Una corona de mirtos</i> , en cuatro actos, en verso. |
| <i>Elena</i> , en tres actos, en verso. | <i>Dos madres y un solo amor</i> , en tres actos, en verso. |

COMEDIAS.

- | | |
|--|--|
| <i>Zapatero á tus zapatos</i> , en tres actos, en prosa. | prosa. |
| <i>Mr. Boliche y compañía</i> , en tres actos, en prosa. | <i>El 15.700</i> , en un acto, en verso. |
| <i>El Diablo en palacio</i> , en tres actos, en verso. | <i>En verso y prosa</i> , en un acto, en prosa y verso. |
| <i>El Telégrafo eléctrico</i> , en tres actos, en prosa. | <i>Un tirano con faldas</i> , en un acto, en prosa. |
| <i>Las Armas de la mujer</i> , en un acto, en verso. | <i>El pueblo y la Patria en cueros en el pais de la Luna</i> . A propósito en un acto, en verso. |
| <i>El Jornalero</i> , en un acto, en | <i>El Siglo del bombo</i> , en tres actos, en verso. |

ZARZUELAS.

- | | |
|---|---|
| <i>El Bandido</i> , en tres actos, en verso. (Música propiedad de la Galería.) | <i>Una estocada al maestro</i> , en un acto, en verso. |
| <i>La Sultana</i> , en tres actos, en verso. | <i>Mata-moros</i> , en un acto, en verso. (Música propiedad de la Galería.) |
| <i>La Reina de las flores</i> , en dos actos, en verso. (Música propiedad de la Galería.) | <i>Rescate y esclavitud</i> , en un acto, en verso. (Música propiedad de la Galería.) |
| <i>La Abuela</i> , en dos actos, en verso. | <i>Lo que está de Dios...</i> , en un acto, en verso. |

107 1053 1011

EL JORNALERO.

40

EL JORNALERO.

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

por el

ILMO. SR. D. ANDRES AVELINO DE ORIHUELA.

MADRID.

IMPRESA DEL CENTRO INDUSTRIAL Y MERCANTIL,

Piamonte, 2, bajo.

1865.

PERSONAJES.

DON SEBASTIAN.

FERNANDO.

ANTOLIN.

MARIA.

CARMEN.

La acción pasa en Barcelona, en 1850.

La propiedad de esta obra pertenece á la Galería lírico-dramática titulada LA LIRA, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países en que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galería son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos en todos los puntos.

Las oficinas de la dirección de LA LIRA se hallan establecidas en Madrid, calle del Arsenal, núm. 15, entresuelo.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO UNICO.

Interior de una casa decentemente amueblada.—Una puerta en el fondo; otra lateral á la derecha.—Una ventana á la izquierda, practicable, en primer término.

ESCENA PRIMERA.

CARMEN.—FERNANDO.

Al levantarse el telon, Cármen estará haciendo labor cerca de una mesa, á la derecha del espectador.—Fernando fuma una pipa y observa con impaciencia al traves de los vidrios de la ventana, y despues por la puerta del fondo.

FERN. Si acabará de llegar!

CARMEN. Hermano mio, no te impacientes. Tu mujer ya no puede tardar.

FERN. Tardar!... tardar!...

CARMEN. Dime, Fernando; es cierto lo que tu amigo Antolin me ha contado?

FERN. Qué?

CARMEN. Que si no tienes trabajo es porque tú mismo te has despedido de la fábrica.

- FERN. Siempre se ha de mezclar Antolin en mis negocios. Y... Tú también?
- CARMEN. Ya está aquí tu esposa.
(*María entra por la puerta del fondo y se queda turbada al ver á Fernando.*)

ESCENA II.

LOS MISMOS.—MARIA.

- MARIA. (*Aparte.*) Fernando aquí!
- FERN. Has salido mientras yo estaba fuera?
- MARIA. Sí, Fernando, yo...
- CARMEN. Ella tenía que hacer y...
- FERN. (*A Cármen.*) No hablo contigo. (*A María.*) Y tú de dónde vienes?
- MARIA. Yo... yo vengo... de...
- CARMEN. De llevar nuestra labor al almacén.
- MARIA. En efecto, sí, por eso.
- FERN. (*Con ironía.*) Al almacén!... y para eso has tardado tanto?
- CARMEN. Sin duda la harían esperar...
- MARIA. Es verdad.
- FERN. (*Con ironía.*) Por eso vienes tan fatigada...
- MARIA. He querido llegar pronto...
- FERN. A tan corta distancia, y traes los zapatos llenos de lodo!
- MARIA. (*Aparte.*) Oh! que no lo hubiese advertido!
- CARMEN. Habrá atravesado la Rambla, y en Barcelona, con el tiempo que hace, ya se vé, nunca falta allí barro. El otro día...
- FERN. No te pregunto á ti. Cuando dos mujeres están de acuerdo, el diablo que...
- MARIA. Nosotras de acuerdo? Y para qué? Para trabajar de día y de noche...

CARMEN. Para que nada nos falte; ya que mi señor hermano prefiere estar sin colocacion...

MARIA. Cármen!

CARMEN. No es verdad lo que digo? Sí, señor, llenos de trampas: no tenemos un cuarto... y todo le es indiferente á ese hombre sin corazon.

FERN. (*Con aspereza.*) Cármen!

MARIA. Por Dios, cállate, amiga mia.

CARMEN. Me sobra razon. Cierto es que no debo mezclarme en vuestros asuntos: tú eres su esposa: y yo, á Dios gracias, ni suya ni de nadie. Pero, si yo fuera su mujer, ya le obligaria á buscar trabajo.

FERN. Pues bien; voy á buscarlo.

MARIA. Vas á salir, Fernando?

FERN. Es insufrible la algarabía de las mujeres.

MARIA. (*Con ternura.*) Fernando!

(*Fernando la dirige una mirada de desprecio y sale dando un portazo.*)

ESCENA III.

MARIA.—CARMEN.

MARIA. Ya ves lo que has logrado. Fernando ha vuelto á salir y... sin duda.

CARMEN. Mas vale así: se me resiste ver á un hombre sin ocupacion, mientras que nosotras no descansamos ni un instante. Verdad es que cuando tu señor marido sale, se mete en la taberna. Oh! y cuando se emborracha, entonces, María, mi hermano es insoportable. Qué lástima me das!

MARIA. Esa es mi suerte.

CARMEN. Quién te lo habia de decir, cuando apenas hace dos años que te casaste. Tú, que podias haber hecho un matrimonio brillante.

MARIA. Por Dios, no hablemos de eso.

- CARMEN. Mucho sentirás haber dado la preferencia á Fernando.
- MARIA. Oh! eso nunca; tú no ignoras lo que quiero á tu hermano: estoy conforme con mi suerte.
- CARMEN. Ya, cuando se desposó contigo, era un jóven laborioso, honrado, el mejor jornalero de la fábrica de D. Sebastian.
- MARIA. Mi padrino!
- CARMEN. Sí, tu padrino... el buen hombre te creará dichosa. Si él supiera lo que sufres ahora... veinte veces he estado á punto de escribirle y contarle todo... todo...
- MARIA. Oh! habrias hecho muy mal, Cármen! Verdad es que paso algunos disgustos, pero tu hermano me quiere aun.
- CARMEN. Sí, es verdad; por eso se ha despedido de ese modo tan brusco: y en un dia como el de hoy.
- MARIA. Qué me quieres decir?
- CARMEN. Has olvidado que precisamente hoy se cumple el segundo año de tu boda?
- MARIA. (*Disimulando la sorpresa.*) Hoy... En efecto...
- CARMEN. Sí, hazme creer que lo habias olvidado, para disculpar á Fernando: dime, pues, que él tampoco lo tendria presente... mientras que el primer año, en dia semejante... me parece que lo estoy viendo... con mucha galantería aguardaba cuidadoso á que tú despertases para presentarte un hermoso ramillete, y el par de pendientes de oro esmaltado.
- MARIA. (*Aparte.*) Mis pendientes!
- CARMEN. Yo no hablo de regalos en este año, porque, en efecto, no tenemos dinero... Pero á lo menes, un ramo, una flor... Un ramo me parece que bien ha podido comprarlo... Qué podria costarle? (*Advertiendo que Maria se enjuga algunas lágrimas.*) Eso es; ya estás llorando... mientras que él entre copas de vino...
- MARIA. No, no es nada.

CARMEN. Y yo tengo la culpa. Ah! he hecho muy mal en recordarte estas cosas... Vamos, no llores: no he dicho nada, nada; tú tienes razón. Fernando te ama. Puede que haya salido para sorprenderte con algún recuerdo. (*Llaman á la puerta del fondo.*) Están llamando. Esas lágrimas... (*Cármén se dirige á abrir, y María se sienta á coser cerca de la mesa.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS.—ANTOLIN, con un ramo de flores.

CARMEN. Hola! Nuestro vecino Antolin.
ANTOLIN. Buenos días, Cármén; que tal va?
CARMEN. Muy bien, amigo mío.
ANTOLIN. V., María, me permitirá...
MARIA. Eh!
CARMEN. (*Aparte.*) Es un extraño, y se ha acordado de ella! (*Bajo á Antolin.*) Diga V. que ese ramo no le pertenece.
ANTOLIN. Que no me pertenece! Eh! Que este ramo no?...
CARMEN. (*Bajo á Antolin.*) Silencio!
MARIA. Qué?
CARMEN. (*Alto.*) Decía V. que ese ramo no era de V. (*A Antolin que la mira con sorpresa.*) Explíquese V.
ANTOLIN. (*Titubeando.*) Sí... sí, señor; este ramo es un ramo... y yo...
CARMEN. (*A media voz á Antolin.*) De Fernando.
ANTOLIN. (*Sorprendido.*) De Fernando, pues; de Fernando, sí, señor.
MARIA. (*Tomando el ramo con prontitud.*) Cómo! Es Fernando quien ha encargado á V. que me lo presente? Oh! Gracias, amigo mío! Buen Fernando! (*A Cármén.*) Y tú que le acusabas, le compararás ahora?

- CARMEN. En efecto, lo que es yo no tenia razon. (*Aparte.*)
Pobre María!
- ANTOLIN. (*A Cármen.*) Pero...
- CARMEN. (*A Antolin.*) Cállese V.!
- ANTOLIN. Como yo lo he comprado por ocho cuartos en el
Mercado de flores...
- MARIA. Oh! soy la mas feliz de las mujeres! (*Examinando
el ramo.*) Qué hermoso es! Jazmines, rosas, clave-
les: voy á ponerlo en agua. (*Se va por la derecha.*)

ESCENA V.

ANTOLIN.—CARMEN.

- ANTOLIN. Vamos á cuentas, Cármen; ese ramo, ese ramo era
mio...
- CARMEN. Lo sé muy bien; pero con comprar otro todo está
concluido.
- ANTOLIN. Ya, pero...
- CARMEN. Fernando le devolverá á V. el importe. (*Se sienta
á coser.*)
- ANTOLIN. (*Aparte.*) Yo decia bien; lo habia comprado por
ocho cuartos. En fin, tanto vale. Basta que V. lo
diga. A propósito. (*Acercándose á Cármen.*)
- CARMEN. Qué hay de nuevo? Deje V. eso!
- ANTOLIN. Qué torpe soy!... (*Levanta parte de la costura que
ha dejado caer.*) Se me olvidaba ya... Sabe V. que
acabo de recibir una carta de mi tia... pues, de la
tia de Micaela?... Yo la habia escrito á Tarragona...
y ella, corriente... como que me ha enviado un
pellejo de vino, que ya...
- CARMEN. Un pellejo de vino?
- ANTOLIN. Pero cosa soberbia, mayúscula, que ni en pala-
cio... Cuando digo que es cosa buena! Quiere V.
que dispongamos una *paella*, y allá, cerca de Mon-
juich?...

- CARMEN. Una paella? y á asunto de qué, majadero?
- ANTOLIN. Cómo á asunto de qué? Y nuestro casamiento?
- CARMEN. V. está en Belen con los pastores! Já... já... já...
(*Rie.*)
- ANTOLIN. Y se rie! Pues no me habia dicho V...?
- CARMEN. Sí; pero he cambiado de idea. Ya no quiero casarme.
- ANTOLIN. Cómo que no?
- CARMEN. Como que no.
- ANTOLIN. Y por qué?
- CARMEN. Porque sí.
- ANTOLIN. Es una razon..... pero una razon bastante estraña.
- CARMEN. Bien: porque de los hombres el mejor, asadito y con limon; no hay uno que valga esto. (*Accion.*)
- ANTOLIN. Los hay buenos y malos.
- CARMEN. Yo no tengo necesidad de ser tan desgraciada como María.
- ANTOLIN. Oh! En cuanto á eso, yo puedo responder por mí. No lo será V.... Por el contrario... oh! yo no me emborracharé... no fumaré... Como que me hace daño. Basta solo que pase por delante de un estanco, para que el olor de las tagarninas me atúfe el sentido. Yo no me despediré del almacen. Soy muy trabajador, y lo seré mucho mas cuando tengamos algunos Antolines pequeñuelos... pues... media docenita para empezar, Oh!...
- CARMEN. Déjeme V. en paz! Mi hermano tambien era un excelente jornalero, y sin embargo, á los diez y ocho meses. Ah! no sé lo que el matrimonio hace á las mujeres, pero en cuanto á los hombres, los cambia de modo que...
- ANTOLIN. Pues qué, el matrimonio ha hecho que Fernando cambie?
- CARMEN. Y qué otra cosa puede ser?
- ANTOLIN. Oh! Ese es otro cantar! A mí no me lo ha dicho, pero debe tener alguna pesadumbre muy grande.
- CARMEN. Pesadumbre!...

ANTOLIN. Regla general: cuando un trabajador bien colocado, deja la fábrica y el trabajo, y se entrega a la bebida, como no sea un vicio de nacimiento... esto es, una costumbre que le haya hecho adquirir la niñera... En fin, puede V. estar segura que si él bebe, es por olvidar las penas.

CARMEN. Pero... qué penas puede tener mi hermano?

ANTOLIN. Oh! las hay de varias clases... Tal vez remordimientos.

CARMEN. Remordimientos!

ANTOLIN. Sí, señora... porque V. no sabrá esto, pero, antes de casarse, Fernando tenia otra novia... se llamaba... Adriana. El caso es que él la plantó, y dicen malas lenguas...

CARMEN. Mas bajo... si María lo oye á V.... Y V. cree?...

ANTOLIN. Toma, la pobre chica anduvo de Herodes á Pilatos, por toda Barcelona... y aun se asegura que ha muerto de pesadumbre.

CARMEN. De veras?

ANTOLIN. A lo menos así se dice... Y por otra parte... habrá llegado á oídos de Fernando... eso siempre hace sensacion... porque, por ejemplo, es como si yo, que la he propuesto á V. matrimonio... no es esto? me casará con otra á las primeras de cambio...

CARMEN. En cuanto á eso está V. en completa libertad.

ANTOLIN. No digo yo eso..... esto es una suposicion: además, yo no soy Fernando, yo, soy yo...

CARMEN. Silencio. Aquí está su mujer. *(María entra y pone sobre una cómoda un ramo de flores.*

ESCENA VI.

LOS MISMOS.—MARIA.—Despues D. SEBASTIAN en traje de camino con un saco de noche.

MARIA. Aquí estará muy bien: el agua está tan fresca... Qué hermoso es! Verdad que es un bonito adorno para esta cómoda?

D. SEB. (*Entrando.*) En efecto, muy hermoso.

ANTOLIN. Hola! el fabricante, mi antiguo patron...

CARMEN. D. Sebastian!

MARIA. Mi padrino!

D. SEB. Sí, el mismo... soy yo. Qué tal? Y tú, Carmen?...

MARIA. Qué agradable sorpresa! Oh, soy muy dichosa!

D. SEB. Vds. no me esperaban, eh? Precisamente eso es lo que yo queria. Vamos á sorprender á mi ahijada, me decia yo al tomar el camino de hierro de Mataró. Y ya me teneis aquí... Otro abrazo... bien... muy bien.

MARIA. Mi buen padrino!

ANTOLIN. Y yo, yo...

D. SEB. Hola! quién? Antolin!

ANTOLIN. El mismo que viste y calza. Con que se acuerda V. de mí.

D. SEB. Tienes una fisonomía que no es muy fácil de olvidar, sobre todo esa nariz... já...já... Y Fernando, qué tal? está bueno?

MARIA. Con muy buena salud. Sr. Antolin?

ANTOLIN. Sra. María.

MARIA. V. sabe dónde está mi marido. Hágame V. el favor de ir corriendo á avisarle.

ANTOLIN. Voy al momento.

D. SEB. No, no: ya le veré mas tarde. No incomodarle.

ANTOLIN. Oh! á buen seguro que esto le incomode. Para lo que él hace. (*Carmen le da un pellizco.*) Eh!

CARMEN. (*Bajo á Antolin.*) Calle V., y no sea tonto.

D. SEB. Estará en su trabajo, eh! Vaya qué olor tan singu...

lar hay aquí? Cualquiera diría que han estado fumando en pipa.

MARIA. Es verdad, padrino, que...

D. SEB. Pero no será Fernando el fumador... á buen seguro que...

MARIA. Oh! no, señor, ciertamente. Lo que es Fernando no tiene esa costumbre...

CARMEN. (*Con prontitud.*) El señor! El Sr. Antolin!

MARIA. Sí, el Sr. Antolin.

ANTOLIN. Yo!

CARMEN. (*Bajo á Antolin.*) Silencio. (*Alto.*) Sí, Antolin. (*A Antolin.*) Vé V., lo mismo que yo digo, siempre nos desahuma con su tabaco la habitacion, y...

ANTOLIN. Pero...

CARMEN. (*Bajo á Antolin.*) Cállese V.

ANTOLIN. (*Aparte.*) Sea en hora buena: no hace un instante que mi ramo ha pasado á ser de Fernando... y ahora mismo tambien...

D. SEB. (*Sacando una petaca.*) Hola! con que tú fumas, eh?

CARMEN. Sí, señor; Antolin fuma... y él es el que al entrar...

D. SEB. Vaya: prueba estos ricos puros, y ya me dirás tu opinion: á lo menos valdrán mas que ese mal tabaco que empleas en la pipa.

ANTOLIN. (*Aparte.*) Yo pipa!.. fumar!.. No me faltaba otra... con que...

MARIA. No sea V. melindroso... cuando mi padrino se lo ofrece...

D. SEB. (*A Antolin, que toma un cigarro vacilando.*) Vamos, toma otro: son trabucos, como no los habrás fumado muchas veces.

MARIA. (*Que ha encendido un fósforo, se lo presenta á Antolin.*) Vaya, Sr. Antolin.

ANTOLIN. Esta sí que es otra.

D. SEB. Fuma, hombre, no gastes cumplimientos.

CARMEN. (*Bajo á Antolin.*) Encienda V. para que se crea que es V. quien fuma.

- ANTOLIN. (*Encendiendo con disgusto.*) Está visto, no hay mas remedio.
- D. SEB. Qué tal?
- ANTOLIN. Magnífico; ochenta veces!... (*Voy á echar las tripas por la boca.*)
- CARMEN. Oh! lo encuentra delicioso. (*Bajo á Antolin.*) Fume V.
- D. SEB. Yo lo creo.
- MARIA. Con que irá V. á avisar á Fernando, no es cierto?
- ANTOLIN. Con mucho gusto. (*Lo que yo deseo es salir de aquí.*)
- CARMEN. (*Bajo á Antolin.*) Eh! que se apaga!
- ANTOLIN. (*Bajo á Carmen.*) Ya fumo... si esto me sirviera de mérito para que nos acercásemos á la vicaría...
- CARMEN. (*Bajo.*) Ya le he dicho á V. que *nones*.
- ANTOLIN. (*Idem.*) Y el pellejo de mi tia?
- CARMEN. Será para V. solo. Fume V.!
- ANTOLIN. Pero, señora...
- MARIA. Vaya V. pronto, Sr. Antolin.
- ANTOLIN. Sí, señora, voy... ya voy... (*A Cármen.*) Mire V. fumo de rabia por ver si puedo reventar... (*Vase por el foro.*)

ESCENA VII.

D. SEBASTIAN.—MARIA.—CARMEN.

- D. SEB. Qué tiene ese muchacho?
- CARMEN. Nada, D. Sebastian.
- D. SEB. Parece que no iba con mucho gusto en busca de Fernando. El tiene razon... No es bueno interrumpir á un jornalero en su trabajo; á Fernando sobre todo, que es tan laborioso. Vamos que te he dado por esposo el mejor operario que yo he tenido.

- MARIA. Sí, señor; es verdad, es verdad, padrino! Pero en estos momentos Fernando no tiene ya tanto que hacer.
- D. SEB. Cómo!
- MARIA. Los pedidos no son constantes; por consiguiente, él aprovecha estas circunstancias para descansar algunos dias.
- D. SEB. De veras? En hora buena; todo viene á pedir de boca. Precisamente tendremos mas tiempo para estar juntos... porque yo paso el dia con Vds. Toma, ves, María, (*Señalando un saco de noche que ha puesto sobre una silla al entrar.*) ahí traigo botellas de vino añejo.
- MARIA. Siempre tan obsequioso.
- D. SEB. Para brindar por tu felicidad.
- CARMEN. Oh! Si supiera... (*Aparte.*)
- D. SEB. Sigues siendo dichosa?
- MARIA. Oh! sí, padrino mio.
- D. SEB. En eso es en lo que he pensado constantemente... Tu padre fue tan amigo mio... Una vez vinimos juntos desde Mataró á Barcelona... no habia entonces camino de hierro... El pobre aquí acabó sus dias... y yo le prometí velar siempre por la felicidad de su hija.
- MARIA. V. ha cumplido exactamente su promesa.
- D. SEB. A decir verdad, pude haberte proporcionado un casamiento mas brillante. Mi sobrino, por ejemplo, escelente chico; y por mas señas, picarilla, que tu carita de perlas lo traia fuera de quicio.
- MARIA. De veras?
- D. SEB. Pero él habia recibido una educacion muy distinta, aficionado al lujo y á la ostentacion: tú eras mas á propósito para hacer la felicidad de un jornalero... y como habia entre mis operarios cierto jóven... Fernando, que no te disgustaba, que sepamos, embarqué á mi señor sobrino para Nueva-Yorck... donde debo decir, por otra parte, que se

ha consolado de la ausencia, casándose con una buena muchacha.

MARIA. Oh! Me alegro mucho que sea feliz.

D. SEB. Pero si... (*Cármen, que durante esta escena ha vaciado el saco de noche, le presenta.*)

CARMEN. Vea V.

D. SEB. Bien. Has sacado todo?

CARMEN. No que no. (*Mostrándole aplastado.*)
(*Ruido de voces fuera.*)

D. SEB. Qué gritos son esos?

FERN. (*Por fuera.*) He dicho que no me da la gana. (*Entra.*)

D. SEB. Es la voz de Fernando.

MARIA. (*Bajo á Cármen.*) Dios mio!... Diria que...

CARMEN. (*Aparte.*) Que ya está ebrio como de costumbre.

MARIA. Ah!...

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—FERNANDO.

Fernando entra empujando la puerta bruscamente, con la pipa en la boca, algo borracho, aunque en la escena se despeja del todo.

FERN. Está bien: cuando me pregunten, ya veré yo eso.

MARIA. (*Corriendo á él.*) Fernando... mi padrino... por Dios...

(*Fernando guarda la pipa precipitadamente, y se dirige bamboleando á D. Sebastian.*)

FERN. Hola, D. Sebastian!

D. SEB. Aquí está mi mejor amigo.

FERN. Sí, sí, D. Sebastian. (*Da algunos vaivenes y tropieza con D. Sebastian.*)

MARIA. (*Aparte.*) Dios mio! le va á conocer el estado en que está... y...

FERN. Conque es V.? Sí, eh? V., D. Sebastian? Bien.

MARIA. (*Bajo á Fernando.*) Por Dios, no hables!

- FERN. (*Idem á María*) Eh! Déjame.
- D. SEB. (*A Fernando.*) A ver, hombre, mírame mas atento. Tienes los ojos... si no te conociese á fondo, juraría que vienes de la taberna.
- MARIA. (*Aparte.*) Ah!
- FERN. Taberna? Yo le contaré á V. lo que hay... pues, yo le esplicaré á V., sí, señor... yo...
- MARIA. Sabe V. lo que es, padrino mio? Un amigo, que vino á buscarle hace un momento, pues, para confiarle cierto trabajo: como yo le decia á V.... y V. sabe, los jornaleros hablan de sus negocios en la taberna; y Fernando, como no acostumbra á beber... con un solo vaso de vino es suficiente para que le haya hecho daño...
- FERN. Un vaso... sí... y nada mas... un vaso... y veinte y cuatro...
- CARMEN. (*Aparte.*) Si no fuera mas que eso... Oh! Si yo fuera su mujer!
- D. SEB. Eso no es nada; á mí tambien me ha sucedido ponerme calamocano con un vaso de vino en ayunas. A propósito, dime: tú estás sin colocacion fija por el momento?
- FERN. Quién le ha dicho á V....?
- MARIA. Acabo de contar á mi padrino que hace algunos dias estás sin trabajo. El pobre Fernando es incansable, y...
- D. SEB. Tanto mejor. Con eso tendrás tiempo de reflexionar sobre lo que te vengo á proponer.
- FERN. Conque V. tiene que proponerme algo?
- D. SEB. Sí, hijos míos; confieso á Vds. francamente que desde que me he separado de los negocios me fastidio.
- MARIA. V. que es tan rico!
- D. SEB. Rico, rico! Eso no impide que uno se fastidie; por el contrario. He adoptado para distraerme las partidas de cacería, de pesca... presentarme como candidato para diputado... ministro... Hay gentes

que con eso se divierten; yo, sin embargo, nada. El estado de cosechero me fatiga: quiero volver al laberinto de la fábrica, de los negocios...

MARIA.

V.?

D. SEB.

Sí: quiero establecer otra fábrica de tejidos de primera clase; y como necesito á un hombre activo inteligente y laborioso, he pensado asociarme con Fernando.

CARMEN.

MARIA.

Qué felicidad!

FERN.

Conmigo?... Es que...

MARIA.

Gracias, padrino mio.

CARMEN.

(*Bajo á Fernando.*) Ya tienes trabajo: creo que esta vez no lo rehusarás.

FERN.

Déjame!

D. SEB.

(*A María.*) Estás contenta? Bien: ese es mi regalo, mi ramillete. Habíame propuesto ofrecértelo al despedirme, pero no me he podido contener.

MARIA.

Oh! ha hecho V. muy bien! Cuánto tenemos que agradecer á V.! Ah! Fernando, yo no te habia dicho que mi padrino come con nosotros.

FERN.

Bien, D. Sebastian.

D. SEB.

Sí, hijos míos; quiero tener el gusto de pasar el día con Vds.

CARMEN.

Pues voy á disponerlo todo.

D. SEB.

Bueno, bien.

MARIA.

Y yo voy á ponerme mas elegante que de costumbre, para mas agradar á mi padrino.

D. SEB.

Eso es; Fernando se quedará conmigo. Nosotros hablaremos de nuestros negocios.

MARIA.

(*A media voz á Fernando.*) Fernando, mi padrino todo lo ignora; cuidado con cometer una indiscrecion.

FERN.

(*Con aspereza y desprecio.*) Eh! déjame!

MARIA.

(*Aparte.*) Siempre desprecio! Dios mio! Dios mio!...

CARMEN.

Vienes, María?

MARIA.

Al momento. (*Entran por la derecha.*)

ESCENA IX.

D. SEBASTIAN.—FERNANDO.

- D. SEB. Y bien, Fernando... pero te veo tan pensativo?... Tal vez mi proposicion?...
- FERN. En efecto, D. Sebastian; eso, y otra cosa que...
- D. SEB. Pero háblame con franqueza... qué te pasa?
- FERN. Yo... tengo un amigo muy desgraciado...
- D. SEB. Y por eso estás triste? Si puedo ser útil á tu amigo? ya sabes que...
- FERN. Y tanto...
- D. SEB. Sepamos de qué se trata?
- FERN. Es un escelente jóven... que ha hecho lo que yo, se ha casado.
- D. SEB. Vaya, vaya: pues en eso no veo motivo alguno de pena.
- FERN. En efecto: él creyó que hacia bien; y pues... él ignoraba... en fin, él desea abandonar á su mujer.
- D. SEB. Abandonar á su mujer? Pues qué, no la ama?
- FERN. Oh... con delirio!... Si no fuera por eso, ya hace mucho tiempo que estuviera lejos de ella. Cien veces al dia forma la resolucion de partir, y cuando se acerca el momento solemne, permanece á pesar suyo clavado delante de ella: cuando está fuera de casa jura no volver mas, y á pesar de todo, vuelve, y se encuentra aquí.
- D. SEB. Cómo aquí?
- FERN. Es... un vecino.
- D. SEB. Ah! veamos.
- FERN. Le falta valor, energía... Tambien es muy cruel cuando se quiere bien á la esposa, verse forzado á renunciar á su compañía...
- D. SEB. Ta, ta, ta, ta... si él vacila de ese modo, será porque ella no le habrá dado motivos.
- FERN. Motivos?.. Y muy graves!..

- D. SEB. Tú los conoces?
- FERN. Sí, señor; yo... los conozco... y él tiene poderosas razones para no desistir de esa resolución. Por evitar una desgracia mayor, él quisiera embarcarse... no importa para dónde... Yo he contado con V., y como que V. tiene relaciones en países extranjeros.
- D. SEB. Precisamente la ocasión no puede ser mas oportuna. Mi sobrino desde Nueva-York, en su última carta, me encarga que le envíe un hombre de confianza... y...
- FERN. Su sobrino!.. Bien, por vida mía.
- D. SEB. Allí se acaba de casar...
- FERN. Oh, D. Sebastian! Es cuanto yo deseaba!
- D. SEB. Tú?
- FERN. Pues, para mi amigo.
- D. SEB. Con una carta mía... yo le daré una carta.
- FERN. Hoy mismo, no es verdad? El quisiera partir... inmediatamente si es posible.
- D. SEB. Cuando quiera. Pero antes es necesario que yo lo conozca, que sepa los motivos.
- FERN. Ah! es necesario que V. sepa?...
- D. SEB. Y eso, qué importa?
- FERN. Ya... como me ha encargado el secreto... y muy particularmente respecto de V.
- D. SEB. Entonces me conoce?
- FERN. Oh! mucho.
- D. SEB. Es alguno de mis antiguos operarios?
- FERN. Precisamente... y buen hombre... yo se lo juro.
- D. SEB. Calla, no hace mucho que se ha casado?
- FERN. No.
- D. SEB. Después que yo me retiré de Barcelona?
- FERN. Poco después.
- D. SEB. Ya adivino de quién hablas.
- FERN. V. adivina?
- D. SEB. Toma. Antolin!
- FERN. Antolin! (*Aparte.*) Respiramos.

- D. SEB. Por eso hace poco que le notaba yo un aspecto singular. Con que ese pobre diablo es desgraciado, eh?
- FERN. Pues; él quisiera únicamente; pero, V. no le dirá una palabra de esto... porque me ha recomendado tanto, que no le descubra á V...
- D. SEB. No tengas cuidado. Está bien; corriente. Yo te daré una carta ó te la enviaré... Con que la esposa de Antolin... yo no la conozco, pero sin duda abusará de... (*Entra María.*)
- FERN. María! Oh! no me diga V. nada delante de ella.
- D. SEB. (*Bajo á Fernando.*) Por supuesto... (*Alto.*) Con que es tan feliz Antolin, y siempre tan contento? (*Bajo á Fernando.*) Qué tal, disimulo bien?

ESCENA X.

LOS MISMOS.—MARIA.

- MARIA. Ya he concluido, padrino. Cómo me encuentra V. ahora?
- D. SEB. Perfectamente. El día de tu boda no estabas mas hermosa; no es verdad, Fernando?
- FERN. (*Con frialdad.*) Sí... sí...
- D. SEB. Y lo dices así, sin mirarla siquiera... Eh!
- MARIA. (*Bajo á Fernando.*) Fernando! Por Dios, que no comprenda nuestro protector!..
- D. SEB. María me recuerda á mi buena Teresa, en la época de Carlos III.
- FERN. En efecto: está enteramente como en el día de la boda.
- D. SEB. No le falta sino el vestido de tul, la mantilla...
- FERN. Sí, la mantilla.
- D. SEB. Linda como unas perlas. Déjame contemplarte bien; estás hechicera!

- MARIA. Me he puesto los mejores adornos que poseo para agradar á mi esposo y á V.
- D. SEB. Pero advierto que con la precipitacion has olvidado los pendientes.
- FERN. (*Aparte.*) Los pendientes! (*Con intencion de recelo.*)
- MARIA. Es verdad... sí... los he olvidado... (*Turbada.*)
- FERN. (*Aparte.*) Si los habrá vendido al mismo joyero?
- D. SEB. A tu edad, cualquiera puede pasarse sin muchos adornos.
- FERN. (*Aparte.*) Oh! voy á convencerme!
- MARIA. Vas á salir, Fernando?
- FERN. Sí... salgo... tengo que hacer una diligencia cerca de la Ràmbla. Es cosa urgente, del momento...
- MARIA. Podrás hacerla mañana! Como hoy mi padrino está con nosotros.
- FERN. Con que no he ser dueño de mi libertad para entrar y salir... no falta más...
- D. SEB. Oh! no lo retengas... él tiene que hacer... anda, hijo, no lo demores por mí.
- MARIA. (*Aparte.*) Dios mio! Si volverá á la taberna. (*A media voz.*) Fernando, yo te suplico... (*A D. Sebastian.*) Oh, volverá en seguida, padrino!
- FERN. (*Aparte.*) Oh, si fuera verdad! Mi regalo de boda!... (*Alto.*) Hasta luego, D. Sebastian.
- D. SEB. Y de ese modo dejas á tu esposa?
- FERN. Es que...
- D. SEB. Vaya, vaya! no me gusta servir de obstáculo nunca á lo que está en el órden: un apretón de manos...
- FERN. (*Finge que da la mano á su mujer.*) Hasta luego, D. Sebastian. (*Sale.*)

ESCENA XI.

D. SEBASTIAN.—MARIA.

D. SEB. (*Aparte.*) Por lo que veo, en este matrimonio pasa algo... Voy á saberlo por mí mismo... Oh! conozco á los cojos en el modo de andar... (*Observando á María que preludia una cancion.*) Ella canta... pero eso no es natural. (*Sentándose.*) Veamos. Venga V. acá, doña María.

MARIA. Aquí me tiene V.

D. SEB. (*Sentándola cerca de sí.*) Te acuerdas que así te llamaba yo en otra época, cuando tenia que echarte algun sermoncillo.

MARIA. Es verdad.

D. SEB. Dime, hija mia, en dia tan señalado como el de hoy, me parece que no estás tan alegre como deberas. Ha entrado aquí algun ave de mal agüero?

MARIA. Oh! por el contrario... yo...

D. SEB. De veras? Tú no me engañas.

MAR. Como V. lo oye. Es cierto, padrino, que V. habrá encontrado á Fernando así, como triste, distraido... Yo, yo le voy á contar á V. todo... Fernando nunca me ha revelado nada de esto, pero yo creo haberlo adivinado... A mí tambien á veces me causa sentimiento...

D. SEB. Pues qué sucede? Sepamos.

MARIA. Como hace dos años que estamos casados y todavia no hay fruto de nuestro matrimonio...

D. SEB. Vaya, vaya! Y es eso lo que le apesadumbra?... Aun sois jóvenes... Qué dirias tú si te hallases en mi lugar? Yo, que durante veinte y cinco años de cadena conyugal no pude conseguir que mi Teresa, que en paz descanse... Habría sido muy dichoso con tener un hijo... pues, un varoncito... Hoy estaria en edad de contraer trampas... prodigar

todos mis ahorros. Esto me hubiera hecho mala sangre... pero en cambio estaria entretenido... distraido...

MARIA. Ya se ve.

D. SEB. Pero entre tú y yo hay mucha diferencia.

MARIA. Ah! Si la Providencia me hubiera dado un niño, le querria tanto... y Fernando, Fernando tambien. Esto es lo que le preocupa.

D. SEB. Estás cierta?

MARIA. Y tanto! Cuántas veces en medio de sus sueños he tenido que despertarle, porque me ha causado miedo la espresion de dolor que advertia en sus palabras! Un hijo!... Un hijo!... estas son siempre sus exclamaciones. Despues me ha mirado con el mayor desconsuelo, lleno de agitacion. Oh! y una vez, me acuerdo muy bien, que le vi llorar amargamente.

D. SEB. Conque es eso? En efecto, hay personas que se consideran desgraciadas mientras no tienen hijos: ahí tienes tú, el mismo Napoleon... Napoleon el grande...

MARIA. Pero yo he formado un proyecto para que Fernando sea dichoso.

D. SEB. (*Riendo.*) Un proyecto? Y cuál es?

MARIA. Se lo voy á confiar á V.; pero con la condicion que V. me patrocine.

D. SEB. Y bien?...

MARIA. V. sabe que hay el mundo muchos niños pobres, huérfanos, á quienes los padres no se atreven á reconocer, y que se encuentran solos, desamparados...

D. SEB. Sí, muchos envidian lo que otros desprecian.

MARIA. Pues bien, yo habia imaginado que Fernando adoptase...

D. SEB. Qué singular idea!...

MARIA. Con esto él seria feliz... y yo tambien.

D. SEB. Tú lo crees? Le has hablado ya de ese proyecto?

- MARIA. No me he atrevido á tanto...
- D. SEB. No te has atrevido? Pues no dices tú?...
- MARIA. Sí, señor; pero es el caso que V. aun no sabe todo.
- D. SEB. Explicáte, vamos.
- MARIA. (*Agitada.*) Oh, padrino mio! Es un secreto... temo...
- D. SEB. Un secreto?... Tú me sorprendes; habla... te lo ruego.
- MARIA. Ahora me es imposible; me falta valor... mas tarde... (*Viendo llegar á Cármen.*) Cármen! Mas tarde. (*Se entra por la derecha.*)

ESCENA XII.

D. SEBASTIAN.—CARMEN.—ANTOLIN.

Este entra por el fondo, pálido y pudiendo apenas sostenerse.

- CARMEN. Dios mio! Y en qué estado.
- D. SEB. (*Viendo salir á Maria.*) Mas tarde!... Qué significará esa turbacion?
- CARMEN. Qué pálido está V., Antolin! Qué le sucede?
- ANTOLIN. Las pesadumbres...
- D. SEB. Pesadumbres!... Pobre muchacho!
- ANTOLIN. (*Enseñándole el cigarro que se ha fumado.*) Y los trabucos.
- CARMEN. (*Tomándole el cigarro.*) V. tiene la culpa. (*Aparte.*) Pobrecillo, casi entero se lo ha fumado.
- D. SEB. Hola! hola! buen Antolin. No somos muy felices, eh?...
- ANTOLIN. Felices?... No, señor, D. Sebastian... y menos en este instante. (*Da algunas arqueadas.*) Tengo muy malo el estómago... Ah!
- D. SEB. Animo, qué quieres! Con las mujeres es necesario filosofía. Fernando me lo ha contado todo
- ANTOLIN. Ah! con que V. sabe?... (*Tomando una silla.*) Enton-

ces V. me permitirá. (*Se sienta.*) Lo que es yo, no estoy contento...

D. SEB. (*Bajo á Antolin.*) No hay que temer nada... Yo vengo en tu ayuda... ya te desembarazaré... y luego, mañana...

ANTOLIN. Conque no puede ser antes?

D. SEB. Podrás partir...

ANTOLIN. Partir!... y á dónde? (*Admirado.*)

D. SEB. Para Nueva-Yorck... Yo mismo te embarcaré...

ANTOLIN. Embarcarme?... Pues era lo que me faltaba; ya siento yo el mareo...

D. SEB. Puesto que ese es tu deseo...

ANTOLIN. (*A Cármen.*) Está bien... corriente... sí, está hecho... Lo oye V., Cármen? que me voy á embarcar!...

CARMEN. Buen viaje.

D. SEB. Engañar así á ese pobre muchacho... todavía en la luna de miel. (*Bajo á Antolin.*) Conque no te ama?

ANTOLIN. (*Viendo á Cármen que va y viene.*) Parece que no... Oh! las mujeres son la piel de Judas. (*Llora.*)

D. SEB. Vaya, hombre, vaya, no te entristezcas... Todo se borra á dos mil leguas de aquí.

ANTOLIN. Sí, señor; está visto... Partiré... De otro modo, como yo la viese todos los dias... seria tanta mi pesadumbre... y entonces, para distraerme de estas penas, para disiparlas, me emborracharia, lo mismo que hace Fernando.

D. SEB. Eh?

CARMEN. Sr. Antolin!

ANTOLIN. Que sí señor, me emborracharia como él.

D. SEB. Como Fernando?

CARMEN. Cá, no, D. Sebastian... no crea V. á ese majadero. Antolin es un tonto... No sabe lo que se dice... está mareado.

ANTOLIN. Oh! ya lo puede V. asegurar... que yo...

CARMEN. (*Bajo.*) Cállese V. (*Alto.*) Qué apostamos á que

viene V. de la taberna? Si no lo puede V. disimular...

ANTOLIN. Yo!...

CARMEN. (*Bajo.*) Silencio he dicho. (*Empuja á Antolin que cae á plomo sobre una silla de la izquierda.*) Ve V.; ni puede ya tenerse...

D. SEB. (*Reflexivo.*) Sí, sí... muy bien veo que...

ANTOLIN. (*A Cármen.*) Muchas gracias.

CARMEN. (*Bajo.*) Silencio, repito. (*Alto.*) Vea V. el estado en que se presenta esta alhaja...

ANTOLIN. (*Consigo mismo.*) Es verdad... estoy en un estado que ya... ah!

CARMEN. Hablar mal de un amigo para disculparse... Vaya una conducta digna de V., Sr. Antolin. (*A D. Sebastian.*) Pero no crea V. una palabra...

D. SEB. Cómo habia de creer!...

CARMEN. Fernando es un hombre que nunca prueba el vino!

ANTOLIN. Lo que es yo...

D. SEB. Ya presumo... pues no faltaba mas. (*Aparte.*) Ya sabré yo lo que hay. (*Se levanta.*)

CARMEN. Nos deja V., D. Sebastian?

D. SEB. Sí, tengo que hacer una visita antes de comer; pronto soy con Vds.

CARMEN. Por supuesto que no creará V. lo que este imbecil...

D. SEB. Qué duda tiene! (*Sale por el fondo.*)

ESCENA XIII.

ANTOLIN. — CARMEN.

CÁRMEN. ¡Muchas gracias! ¿Estará V. muy satisfecho?

ANTOLIN. (*Yendo á la cómoda y arreglando un vaso de agua con un azucarillo.*) Maldito sea el que inventó el tabaco!

- CARMEN. V. ha charlado mas que un loro.
- ANTOLIN. Yo... Pues qué?
- CARMEN. Buena la ha hecho V. : D. Sebastian que estimaba tanto á Fernando, le acababa de hacer una proposicion muy ventajosa... todo se lo ha llevado el diablo. V. tiene la culpa.
- ANTOLIN. Esas tenemos?... cuando... Ah!... (*Dando arqueadas.*)
- CARMEN. Francamente: digo á V. que le abomino, le detesto, y en fin, V. me rebienta. Si, señor, hombre sin corazon.
- ANTOLIN. Tampoco tengo corazon?
- CARMEN. Tampoco.
- ANTOLIN. Renuncia V. á verme?
- CARMEN. Para siempre.
- ANTOLIN. Pues, señor, está visto: ó me embarco en seguida, ó me tiro por la muralla.

ESCENA XIV.

FERNANDO, agitado y colérico.—LOS MISMOS.

- FERN. D. Sebastian... Dónde está D. Sebastian?
- CARMEN. Va á volver al momento.
- FERN. Bien: vé á llamar á María.
- CARMEN. (*Aparte.*) Dios mio, siempre en el mismo estado.
- FERN. No me has oido?
- CARMEN. Y para qué quieres á María?
- FERN. Y á tí qué te importa?
- CARMEN. De seguro va á darla un nuevo disgusto. (*Fernando se pasea lleno de indignacion.*)
- ANTOLIN. (*A Fernando.*) Dime, cuando tú fumas la pipa?...
- FERN. Quitate de ahí. (*Le da un empujon á Carmen.*) Dónde está María?

ESCENA XV.

LOS MISMOS.—MARIA que entra.

- MARIA. Héme aquí, amigo mio.
FERN. Ella! qué desgraciado soy!
CARMEN. (*Bajo á Maria.*) Aun está algo bebido.
MARIA. (*Idem.*) Me lo temia... y mi padrino?
CARMEN. Salió.
MARIA. Mas vale así.
FERN. (*A Antolin.*) Qué haces tú ahí?
ANTOLIN. Dime, cuando tú fumas la pipa?...
FERN. (*A Antolin.*) Fuera!
ANTOLIN. Fuera! fuera! El caso es que pueda marcharme...
estoy tan malo...
FERN. (*A Cármen.*) Y tú tambien. Quiero estar solo, solo
con mi mujer; lo entiendes?
MARIA. Déjanos, Cármen.
FERN. (*A Antolin.*) Acabarás de marcharte?
ANTOLIN. Es que... yo no sé... yo no sé si... (*Sale por el
fondo : ruido como de haber rodado la escalera.*)
CARMEN. (*Entrándose por la derecha.*) Pobre Maria!

ESCENA XVI.

FERNANDO.—MARIA.

- MARIA. Fernando, has estado otra vez en la taberna?
FERN. (*Con aspereza.*) Soy dueño de mi voluntad.
MARIA. Sí, amigo mio; yo te lo digo, porque como está mi
padrino hoy con nosotros, si te ve con la cabeza
escitada.
FERN. Quieres decir que estoy borracho?
MARIA. No, no digo eso...

- FERN. Pues lo quiero. Bebo y beberé mientras tenga dinero.
- MARIA. Dinero? Demasiado sabes lo que nos cuesta...
- FERN. Cuando no le haya... estoy resuelto... algunos muebles me quedan : pues bien, los venderé.
- MARIA. Nuestros muebles?
- FERN. Lo quiero... me pertenecen... soy el dueño...
- MARIA. Sí, amigo mio; tú eres el dueño...
- FERN. Tú aquí no tienes nada, nada absolutamente ; lo entiendes? Por consiguiente, no tienes que decirme una palabra... Todo me pertenece... Aquí no hay nada tuyo... Por lo demas, tú quedarás ; una mujer ya es demasiada carga.
- MARIA. Dios mio , Dios mio! El mismo que me amaba tanto!...
- FERN. Sácame toda la ropa! (*Señalando para la cómoda.*)
- MARIA. Tu ropa?
- FERN. Sí, mi ropa : me voy.
- MARIA. Te vas? á dónde?
- FERN. A tí qué te importa? Crees tú que voy á llevarte conmigo? no : te engañas.
- MARIA. Fernando!
- FERN. (*Con cólera reconcentrada.*) Ya te he dicho que me saques toda mi ropa.
- MARIA. Ya voy á complacerte. (*Aparte.*) No lo contraríamos.
- FERN. (*La da un empujón para apartarla de la cómoda.*) No, no quiero que toques mis efectos... Lloras tú?...
- MARIA. No... yo no lloro... amigo mio.
- FERN. No lloras, eh? Verdad!... á tí qué te interesa?... Sabes que te odio con toda mi alma?
- MARIA. Fernando, Fernando! por Dios, no me digas tan crueles palabras; si tú supieses cuanto sufro...
- FERN. Tú te has adornado, figurándote que habias de persuadirme con tu belleza; estás equivocada. Yo te encuentro horrorosa... sí, sí... horrorosa! Qué

- me importa el brillo de tus ojos, ni lo negro de tus cabellos?... Llorando, así eres horrible.
- MARIA. Cálmate, Fernando; yo no lloro...
- FERN. (*Con rabia reconcentrada.*) Y es verdad que no llora! Mientras que yo... (*Prorumpo en lágrimas y las oculta.*) yo... se me parte el alma.
- MARIA. (*Queriendo arrojarle en sus brazos.*) Fernando! Fernando mio!...
- FERN. (*Apartándola.*) Déjame! Que siempre sea yo débil!... Concluyamos de una vez... No, no puedo soportar pena tan desgarradora... (*Saca ropa de las gabetas y la arroja.*)
- MARIA. Tú sufres? Y por qué? Dios mio... Sé franco... cuéntamelo todo... Yo que daría mi vida entera por evitarte el mas leve disgusto.
- FERN. María!
- MARIA. Fernando, cuéntame lo que tienes: te lo suplico con el alma.
- FERN. Quieres que te lo diga? Pues bien; vas á escucharlo todo.
- MARIA. Sí, sí, habla, por Dios.
- FERN. Habrás creído que el repentino cambio de mi vida, es hijo del extravío de los vicios; que yo me he desprendido de toda clase de sentimientos; que no tengo ni el de la humanidad; que en el desenfreno de mi conducta doy el primer paso en la carrera del crimen; pero te engañas... tengo un tesoro de honradez en el alma, que tú no has sabido comprender ni apreciar, y que yo te revelo ahora, para que sufras el torcedor de los remordimientos.
- MARIA. Fernando, calmate por piedad.
- FERN. Si paso la vida en los garitos y en la taberna, es porque necesito desmoralizarme; embotar la sensibilidad del alma con los malos ejemplos; trastornar mi cabeza, y adquirir la energía necesaria para realizar los planes con que sueño; para tener el

valor de confesarte lo que hace tiempo asesina mi corazón.

MARIA. Fernando, qué dudas has podido concebir de tu esposa? Yo, que trabajo noche y día para que la miseria no se apodere de nosotros, que sufro, sin quejarme, toda clase de privaciones, mientras que tú voluntariamente renuncias al trabajo; que oculto las lágrimas que me arrancan la dureza de tus palabras y el veneno de tus desprecios; yo que sacrificaría gustosa la existencia, por merecer tu cariño. Fernando, háblame con franqueza. Tu María siempre ha sido digna de tí.

FERN. Digna de mí! Bien. (*Mirándola con ira reconcentrada.*) Pero, antes, respóndeme: dónde están los pendientes? qué has hecho de ellos?

MARIA. Mis pendientes?... Es que... óyeme...

FERN. No pienses engañarme, tú los has vendido.

MARIA. Yo!

FERN. Sí, los has vendido ayer á un prendero. Aquí los traigo... Yo los he conseguido en cambio de mi reloj... Y el dinero que recibiste por ellos?

MARIA. Fernando!

FERN. Dime ahora dónde está? En que lo has empleado?

MARIA. Ese dinero... yo no he querido decírtelo, pero... en el mercado se debía: el casero reclamaba también.

FERN. (*Con ironía.*) Ah! Tú los has pagado?

MARIA. Esta mañana.

FERN. Eso es falso... Acabo de hablar con ellos.

MARIA. En los comercios...

FERN. También es falso... Ese dinero se ha invertido en lo mismo que has empleado mis ahorros de tres meses... en lo que has prodigado el importe de otros muchos objetos... tu collar, tu cruz de oro... la cruz que te había regalado mi madre...

MARIA. Fernando!

- FERN. Habla la verdad sin rodeos. (*Levantando la mano.*)
ó yo...
MARIA. (*Cayendo de rodillas.*) Ah!!!

ESCENA XVII.

LOS MISMOS.—D. SEBASTIAN.—CARMEN.

El primero entra por el fondo.—Cármén asoma por la derecha.

- D. SEB. Desgraciado! (*Levanta á María y la sostiene.*)
FERN. (*Se sienta cerca de la mesa y se cubre el rostro con las manos.*) D. Sebastian!
MARIA. No es nada, nada, padrino mio.
D. SEB. Nada? Déjanos, hija mia... mi pobre María... Cármén, condúcela.
MARIA. Fernando es demasiado susceptible... pero, no crea V.
D. SEB. Déjanos, hija mia, déjanos.
CARMEN. Si no fuera mi hermano...
MARIA. Vamos. (*Entran por la derecha.*)

ESCENA XVIII.

D. SEBASTIAN.—FERNANDO.

- D. SEB. Ya estamos solos...
FERN. Sí... sí... D. Sebastian... Yo me voy...
D. SEB. Oh no! quieto aquí; no pienses escaparte... Hasta ahora no has conocido en mi mas que á un hombre amable y pacífico... pero vas á saber si este mismo hombre tiene toda la energía necesaria para colocar en la senda del deber á un miserable como tú.
FERN. D. Sebastian!
D. SEB. Sí, lo sé todo... Vengo de la fábrica. Hace un mes

que te despediste para seguir el desentreno de tus vicios. (*Fernando hace un movimiento.*) Tendrias valor para negármelo, cuando en estos momentos acabo de pagar todas tus deudas?... Hasta la de la taberna donde pasas la vida noche y dia?

FERN. Oh!

D. SEB. Sí... solo un hombre como tú, entregado á la bebida, puede, olvidándose de su dignidad, ser tan cobarde que se atreva á levantar la mano sobre una débil mujer... Lo he visto... si hubieras muerto á mi pobre María... infame! Anda; eres un ingrato... un...

FERN. Oh! ya esto es demasiado.

D. SEB. Qué te ha hecho esa infeliz para tratarla de ese modo? Buscas pretesto para separarte de su lado?... Sí, todo lo he comprendido... ese amigo de quien me hablabas hace poco, eras tú...

FERN. Pues bien, yo... yo, que he amado á María como á mi única felicidad en el mundo... que aun la idolatro á pesar mio...

D. SEB. A pesar tuyo? Acaso tienes que echarla en cara faltas que solo tú cometes? Habla!... Qué tienes?

FERN. Qué tengo? Va V. á saberlo. Verdad es que nunca hubiera revelado á V. este secreto... porque sé que V. la ama... y yo quisiera ser el único que la aborreciera...

D. SEB. Qué misterio! Espílicate.

FERN. Pues bien... V. sabe que antes de casarme con María, ella llevaba relaciones amorosas con Alfredo...

D. SEB. Pero mi sobrino ha partido para Nueva-Yorck... Y es ese el crimen que tú adviertes?...

FERN. Oh no; no es eso! V. debe acordarse muy bien que poco tiempo antes de nuestro casamiento, María hizo un viaje á Tarragona, bajo el pretesto de visitar á su abuelo que estaba enfermo...

- D. SEB. Cómo bajo el pretesto!... no, señor; fue el verdadero motivo...
- FERN. Sí; pero ella pasó allí cuatro meses.
- D. SEB. El tiempo que duró la enfermedad del pobre anciano... Y qué mal hay en eso?
- FERN. Qué mal? V. no lo advierte todavía, porque aun ignora el resto. Luego que María regresó á Barcelona, se pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa, mientras que yo trabajaba constantemente. Salía sin decirme una palabra: encontrábala siempre sobresaltada, y mas tarde los celos se apoderaron de mi alma. Un dia la seguí sin que ella pudiera sospecharlo...
- D. SEB. Y qué?
- FERN. Ella se dirigió por la calle de Escudellers, entró en una de las últimas casas cerca de la Rambla, y allí se detuvo mas de una hora completa.
- D. SEB. Pero...
- FERN. Luego que la vi volverse hácia casa, penetré en la que acababa de dejar, con motivo de pedir unas señas... Y allí... Oh! si mis oídos no me engañaron... allí una pasiega me dijo, que la señora que acababa de salir era...
- D. SEB. Qué?
- FERN. La madre del niño que mostró en la cuna.
- D. SEB. María! Dios mio!
- FERN. Sí, María! Juzgue V. ahora, cuál seria mi asombro, mi desesperación! En aquel momento la hubiera despedazado entre mis manos! Yo estaba loco! Engañar tan infamemente al hombre que la idolatraba! Oh! cuánto he luchado conmigo mismo por aborrecerla! Pero no; es imposible; soy un miserable... la quiero tanto!
- D. SEB. Pero explícate mas.
- FERN. Ya repuesto, procuré ocultar mi pesadumbre, y preguntando á la pasiega otros detalles, supe...
- D. SEB. Qué?

- FERN. Que hacia quince meses María le habia confiado aquel niño.
- D. SEB. Quince meses!
- FERN. Precisamente la época justa del regreso de María.
- D. SEB. Y podrias creerlo?
- FERN. Lo duda V.? Tambien quisiera yo ignorarlo. Ella habia llevado el niño, descubriéndola que era su madre.
- D. SEB. María!
- FERN. Sí, María.
- D. SEB. (*Aparte.*) Dios mio! la conversacion que tuve con ella... su proyecto... lo que no se atrevió á confesarme...
- FERN. Cuanto gana, cuanto posee... todo lo emplea en alimentar la prueba de su infamia... Ayer mismo habia vendido hasta los pendientes...
- D. SEB. Y qué te ha dicho cuando le has contado todo eso?
- FERN. Contárselo yo? Mil veces he estado á punto de pedirla esplicaciones; pero me ha faltado valor... V. comprende muy bien... el dia en que yo la hubiera revelado... Oh! hubiera sido el último de nuestra existencia... Es necesario que yo me separe de María... no verla mas.
- D. SEB. Pobre Fernando! Ya lo comprendo todo!
- FERN. V. arreglará mi embarque? No es cierto, D. Sebastian?
- D. SEB. Tú quisieras...
- FERN. Pero no para Nueva Yorck... no... allí está nuestro sobrino, el padre de ese niño... por V... en cuanto á ella, que tanto me hace padecer...
- D. SEB. Yo la hablaré, la veré...
- FERN. No delante de mí.
- D. SEB. Y por qué?
- FERN. Yo no podria ser dueño de mí mismo... no... me voy... quiero alejarme...
- D. SEB. Cómo ha de ser! Tanta desgracia!
- FERN. Pero V. arreglará mi marcha?

D. SEB. Estás resuelto?
FERN. Oh! sí, con todas las veras de mi corazón... En V. fio. (*Sale por el fondo.*)

ESCENA XIX.

D. SEBASTIAN.—MARIA.

D. SEB. Pobre muchacho! Quién diría? Oh sí! comprendo lo que debe sufrir! y María, María, que siempre la creí un ángel de candor y de inocencia! Oh! no es posible; sin embargo... (*María entra, después de haber ido á examinar la puerta del fondo.*)
MARIA. Padrino, ha reñido V. á mi pobre Fernando?
D. SEB. Yo?
MARIA. Le he visto salir llorando... y le aseguro á V. que yo sentiría en el alma...
D. SEB. Muy justo es... Cuando un marido es desgraciado, casi siempre tiene la culpa la mujer.
MARIA. Fernando ha dicho á V. que yo le hago desgraciado?
D. SEB. Me ha confiado sus penas...
MARIA. Sus penas? Cuáles son? Que yo sepa...
D. SEB. Nadie mejor que tú debiera sospecharlas...
MARIA. Yo?... Ya dije á V. antes lo que creía..
D. SEB. Sí... me acuerdo que estuviste dispuesta á contarme lo que Fernando sabe hace mucho tiempo.
MARIA. Fernando? (*Fernando entra por el fondo, y se queda á distancia sin que sea advertido por María.*)
FERN. (*Aparte.*) No he podido contenerme... Están reunidos... Oigamos.

ESCENA XX.

LOS MISMOS.—FERNANDO.—Despues CARMEN.

- MARIA. Y qué es lo que sabe?
- D. SEB. El te ha seguido á la calle de Escudellers.
- MARIA. A la calle de Escudellers?
- D. SEB. Y si Fernando es desgraciado... si renuncia al trabajo... si bebe para olvidar mis pesadumbres... tú debes comprender ahora...
- MARIA. Pero, no... (*Dudosa.*)
- FERN. (*Aparte.*) Ah! cuánto sufro!
- D. SEB. El sabe que tú le has engañado.
- MARIA. Yo, padrino? Me cree V. capaz?...
- D. SEB. Y ese niño, para cuyo sostenimiento has vendido hasta tus prendas...
- MARIA. Qué?
- D. SEB. Ese niño es tu hijo!...
- MARIA. Mi hijo!... Ah! (*Cae desmayada en los brazos de don Sebastian.*)
- D. SEB. María, hija mia!...
- FERN. Ella no confesará nunca...
- D. SEB. Desgraciada, se encuentra mal.
- MARIA. (*Reponiéndose.*) No, señor, D. Sebastian... Verdad es que al oirme acusar de una manera... (*Advirtiéndole á Fernando.*) Fernando! Esposo mio! Y has podido creer?... Me desprecia!... Bien... Pues que es necesario... Era un secreto que yo debia guardar toda mi vida. (*Saca una carta de dentro de una cartera y se la da á D. Sebastian.*) Tenga V., padrino... Júzgueme V. ahora...
- D. SEB. Una carta!... Qué significará?... (*Despues de haberla recorrido.*) Gran Dios!
- FERN. (*Con ansiedad.*) Qué?
- D. SEB. Infórmate, desgraciado. (*Le da la carta.*)
- FERN. Esta letra... de Adriana... la mujer que yo abandoné... Oh! no... es... es imposible...

- D. SEB. (A María.) Pobre María! y yo que la culpaba...
FERN. (Después de haber leído.) María! María!... (Se arro-
dilla.) Tu has recogido á mi hijo... Perdon, per-
don, María!
- MARIA. Perdonarte! Yo soy la culpada... esa carta la re-
cibí yo... como venia á tu nombre y la letra pare-
cia de mujer, un momento de celos me hizo abrir-
la... leer su contenido... Esa desgraciada Adriana,
en el solemne instante de bajar á la tumba, te di-
ce: (Leyendo.) «Dios me llama á su lado... El niño
cuyo nacimiento te he ocultado siempre, es tu
hijo... Fernando, no lo desampares... te lo envío,
y te perdono... Que aquella que se llevó tu prefe-
rencia te haga dichoso y le sirva de madre.»
- FERN. María! (Con ternura.)
- MARIA. Enseñarte esa carta era turbar nuestra felicidad,
y me propuse servir ocultamente al pobre huer-
fano de madre.
- FERN. Volemos á ver á mi hijo; desde este momento
vuelve la ventura á nuestra casa.
- D. SEB. Hija mia! (Tendiéndola los brazos.)
- FERN. Cármen, hermana mia; no tendrás en lo sucesivo
nada que echarme en cara.
- CARMEN. Así lo espero.
- FERN. Y si como creo te casas en breve...
- CARMEN. A propósito... Antolin. (Viéndole entrar.)

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS.—ANTOLIN, con maleta de viaje á la espalda, bastón en la
mano y una bota de vino.

- ANTOLIN. Presente. Me destierro.
- D. SEB. Como? Tú no eres quien debia embarcarse!
- ANTOLIN. No importa... Parto para las Californias.
- CARMEN. Y si yo digo que me opongo á ese viaje?

- ANTOLIN. V.?
CARMEN. Yo.
ANTOLIN. Entonces, no he dicho nada, obedezco.
MARIA. Ves, Fernando? Nuestra felicidad comienza á ser fecunda para los demas.
D. SEB. Bien, hijos míos: mañana lo arreglaremos todo... hablaremos de nuestros proyectos de la nueva fábrica, y todo será paz y ventura entre nosotros.

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 22 de Marzo de 1865.

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.



PUNTOS DE VENTA.

MADRID : Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

- Adra*. J. A. Manzano.
Albacete. A. S. Perez.
Alcalá la Real. B. Sanchez de Molina.
Alcoy. J. Martí Casanova.
Almagro. A. V. Perez.
Almería. M. Alvarez y Robles.
Audujar. M. M. Serrano.
Aranjuez. E. Lopez Salazar.
Arcos de la Front. B. Garcia Olalla.
Avila. O. Carrascosa.
Barcelona. Isidro Cerdá.
Baena. E. Fernandez.
Baza. J. Fernandez Estrada.
Berja. J. A. Manzano.
Béjar. P. Lopez Coron.
Burgos. A. Hervias.
Caceres. J. Valiente.
Cádiz. V. Morillas y compañía.
Caniles. J. Fernandez Estrada.
Calatayud. F. Molina.
Carmona. J. M. M. Jimenez.
Carolina (La). H. Lozano.
Cartagena. A. Muñoz Garcia.
Castellon. J. M. de Soto.
Cazorla. M. Muro.
Ciudad-Real. J. M. Donaire.
Ciudad-Rodrigo. P. Tejada.
Córdoba. F. Lozano.
Coruña. Viuda de Pazo.
Cuenca. P. Mariana.
Cuevas. J. Fernandez Estrada.
Damiel. R. G. Camarena.
Ecija. J. de Juli.
Figueras. Viuda de Bosch.
Gijon. Crespo y Cruz.
Granada. J. M. Fuensalida.
Huelva. J. V. Osorno é hijo.
Huerca-Overa. Fernandez Estrada.
Huesca. M. Guillen.
Jaen. N. Hidalgo.
Jerez de la Frontera. F. Alvarez y compañía.
Leon. Mihon, hermano.
Lérida. J. Sol Torrens.
Lucena. J. Cabeza Vazquez.
Llerena. L. M. Robles.
Malaga. F. de de Moya.
Manzanares. V. Moraledo.
Mataró. N. Clavell.
Martos. R. Gibanto.
Moguer. C. Camacho E.
Molril. A. Ballesteros.
Murcia. Herederos de Andrion.
Orense. J. R. Perez.
Oviedo. J. Martinez.
Palencia. Gutierrez e hijos.
Palma. P. J. Gelabert.
Pamplona. J. Los Rios.
Peñaranda de Bracamonte. N. H. Pizarro.
Plasencia. Isidro Pis.
Pontevedra. J. Buceta S. y compañía.
Pto. de Santa María. R. Valderrama.
Reus. Jaime Prins.
Rioseco. M. Prádanos.
Rivadeo. P. J. Torres.
Ronda. R. Gutierrez.
San Fernando. R. Martinez.
San Lucar de Barrameda. I. de Oña.
San Sebastian. A. Garralda.
Sanlader. F. Hernandez.
San Ildefonso. R. J. Serna.
Segovia. J. Pullido.
Seron. J. Fernandez Estrada.
Sevilla. F. Alvarez y compañía.
Soria. F. P. Rioja.
Talavera de la Reina. A. S. Castro.
Torrevecija. A. Vela.
Tijola. J. Fernandez Estrada.
Toledo. J. Hernandez.
Toro. A. Rodriguez.
Tudela. M. Izalzu.
Tuy. M. M. de la Cruz.
Ubeda. A. Bengoa.
Utrera. J. Ramos.
Vera. J. Fernandez Estrada.
Valdepeñas. A. G. Fernandez.
Valencia. J. Mariana y Sanz.
Valladolid. Hijos de Rodriguez.
Velez-Malaga. E. Casamayor.
Vich. Soler, hermanos.
Vitoria. B. Robles.
Zamora. A. Evangelista.
Zaragoza. A. Carrera.